

a los ancianos sus espléndidas pensiones para la vejez a base de impuestos que los dejan en la casi indigencia, y que además (sobre todo) «tiene temporadas a los presos comunes en unos yates de lujo en puertos suecos, disfrutando de la vida cómo si su encarcelamiento fuera un premio». Sin embargo a los pobres médicos, por una simple evasión de impuestos «les impone unas multas imposibles de pagar en toda su vida, por lo que muchos de ellos, desesperados, se han incluso suicidado». ¡Horreur, y nosotros sin enterarnos! Menos mal que existen personas como la señora Nilsson que nos informan de lo que realmente pasa ¡qué si no!...

...Los chicos del G. A. S. (el explosivo) que arremetieron con furia goda contra el restaurante «Vía Veneto» sede de innumerables cenas políticas de derechas dejándolo hecho papilla y dejando un mensaje que ponía «no a la interferencia extranjera». Como el dueño del local es Oriol Regás y es más propio del país que la «carn d'olla» se deduce que los chicos metieron algo la pata. Por mucho que después llamaran a la prensa diciendo que «ya sabían que era catalán pero que lo habían hecho porque era burgués». Si es verdad y puestos a ello, el señor Regás no es una de las muestras más representativas del muestreo. (En serio muchachos). ■ MAR FONTCUBERTA.

EL TREN BORREGUERO

DICE Toynbee que la historia describe círculos, cosa que debe de ser cierta porque es evidente que nuestra particular historia está cogiendo una cerrada curva y amenaza con atropellarnos por detrás: un tren borreguero con locomotora de humo viene por el campo desolado bajo el anticiclón que cuece los sembrados donde se ven labriegos tirando de pollinos bereberes. Al llegar a los arrabales de la ciudad estraperlistas de menor cuantía arrojan por la ventanilla sacos de arroz, paquetes de harina y latas de aceite. Un tren correo cruza la alta noche estrellada del sur y en el coche cama va D. José María Pemán que llega de Cádiz o García Sanchiz que tiene que dar una conferencia sobre el Imperio y la Hispanidad. En el vagón de tercera un grupo de soldados con gorro de borlita canta el carrasclás y el pasaje con salvaconducto en el bolsillo dormita contra el cristal empañado cruzado de carbonilla. Los embajadores se van y nosotros nos quedamos cantando Norit el Borreguito; escuchamos la BBC o radio París y felicitamos a nuestra madrecita del alma querida con un disco dedicado por radio Andorra. En la tienda venden arenques y sardinias de bota y en los bares los funcionarios depurados toman malta y zarzaparrilla. Pero esta vez no se habla de que se está preparando un Congreso Eucarístico en Barcelona ni de la vuelta de Tedeschini ni del cardenal Spellman ni el padre Peyton con el rosario.

Sencillamente aquí ha habido un error. Durante algunos años nos habíamos creído que este país ya era Europa. López Rodó nos había puesto la cabeza así de gorda con la conjuntura, con la renta per capita; el otro con la política de la eficacia y el crepúsculo de las ideologías y esta masacre intelectual y tecnocrática coincidió con un período en que los vagones de fruta llegaban a Hamburgo con cierta tranquilidad sin que los incendiaran en Montpellier o en que nuestros lechuguinos del maletín viajaban de acá para allá sin sobresaltos a la busca y captura de créditos o en que los holandeses venían con el ánimo tan sólo de tomar fritura de chanquetes sin romperle la nariz a nadie, de modo que los naranjeros de Levante, los ejecutivos de pufos en divisas y las agencias de viajes pensaron que eso de Europa era un asunto chupado y que con un poco de jeta y agresividad comercial podían pasarse a Montesquien por la entrepierna, también llamada arco de triunfo. Ahora se ha visto que todo era un error del crepúsculo ese de las ideologías. Y que era cierto eso de que la Historia describe círculos. Así que dejen la vía libre porque viene por detrás un tren borreguero lleno de estraperlistas, de gente cantando el carrasclás y de peregrinos con la tripa llena de cacahuete dispuestos a establecer en el país el reinado social del boniato. Ustedes verán lo que hacen. ■

VIGENT



MIRA LO QUE ME HA DADO KISSINGER

Mira, anda, no te creas que es broma, que Kissinger me ha dado quince duros. Míralos. Sí, sí, diez, bobo, ¿no ves que esta otra moneda es más gorda? Pues porque es de cincuenta pesetonas. Me voy a poner de cañas hasta aquí. Tonto, que eres tonto, menuda rabia te da. Anda, claro que tengo que hacer algo, ¿pues no lo ves? Tengo que llevar esta gorrita de beisbol con la cara del Pato Donald, mira tú, pero es mejor para mí, porque así no me tengo que comprar una gorrita de beisbol con la cara del Pato Donald, y además se me calienta la calva para todo el invierno, que menudo invierno va a hacer. Lo que pasa es que te da rabia y envidia. Qué tendrá eso que ver. Porque Kissinger tiene sus manías, pero a mí no me molesta que de vez en cuando me mande un pajarito para que se venga a la gorra a hacer caca, porque les doy la gorra a las hermanitas y me la lavan y ya está, se me queda otra vez como nueva porque las gorras americanas no destiñen. Anda, no te pongas pesado conmigo, que me encorcas, que estoy muy viejo, hip, hip, cómo eres. Pues tu sales perdiendo, hip, hip, porque te pensaba dar diez pesetas. Asqueroso, hip, envidia es lo que tienes, borracho, que no te invito ni a una caña más en toda mi vida. Kissinger es mi amigo, para que lo sepas. La última vez que estuvimos juntos me regaló un pañuelo y una navajita, y además me pagó el billete de vuelta del

autobús. Anda, quédate conmigo y no me amargues, hip, hip. ¡Asquerosooo! Te odio, me las vas a pagar ¡No me toques la gorra! ¡Qué no me la toques!

Anda, sí, súbete al Ferrari y márchate a la Costa Azul, que no vales para otra cosa, vago, sinvergüenza, borrachuzo, más que borrachuzo. No te quiero ver más. Peor para tí. Yo me quedo con las hermanitas del asilo, que atienden estupendamente, envidia que te da, y tengo mi gorrita y mis quince durazos, que te zurzan, gambero. ■ CANAVERAL.

UNO MENOS EN LA PRENSA

La azuela administrativa ha caído esta semana sobre otra publicación: «Mundo». Se la ha llevado por delante: cuatro meses de suspensión. Sin duda esta medida tendrá la virtud de clarificar el ambiente nacional, como ya ha sucedido con la suspensión, por el mismo período, de «Triunfo». Sin duda también, los periodistas de «Mundo» tendrán tiempo de meditar en estos cuatro meses sobre sus propias culpas, de prometerse a sí mismos ser más buenos cuando les toque reaparecer. Estas medidas pueden estimular la convivencia nacional que frecuentemente ensalza el Ministro de Información, Sr. Herrera. Es sabido que cuanto menor sea la pluralidad de opiniones y de puntos de vista, más fácil es la convivencia. Todos debemos convivir: si unos conviven más que otros, mejor. «Mundo» va a convivir un poco menos, pero existe

la posibilidad de que sus lectores se aproximen hacia otra prensa más convivencial: que conviva mejor con el Ministerio de Información y Turismo que es, a fin de cuentas, con quien deben convivir periódicos y periodistas.

PAPA FORD VIENE EN TREN

A la entrada de Almusafes, un encantador de serpientes con turbante multicolor, clama entre espumarajos: «Ford-fabuloso-fábrica-futuro-fus-fus». Se sirven paelas con pescado que sabe a brea. Los mozos establecen alegres competiciones de resistencia al zumo de naranja: éste se bebe la exportación imposible al Benelux, el de más allá la exportación imposible a la casa de campo de Olof Palme. Todo es una fiesta.

Y el tren llega puntual. Es dudoso que el amor, con su dulzón vaivén, produzca más color que el chacachá del tren.

Porque la Renfe y España somos así, señora, caballero de gris, papá Ford. Donde no hay un tren, se pone. Y a otra cosa, que el futuro brillante nos aguarda en el interior de la caverna.

Ocurría que Ford no tenía un tren a la puerta. Sólo eso le faltaba en Almusafes. La Renfe movilizó unos millones, unos señores que cavan y todo cuanto es necesario para poner un tren. Luego, instaló la vía. Más tarde, envió a unos representantes representativos, y la línea quedó inaugurada.

«En la construcción de este ramal, que en el año próximo tendrá un movimiento de 81 vagones-día, para transportar los 300.000 automóviles producidos en la factoría, han sido invertidos 45 millones de pesetas, financiados mayoritariamente por la Diputación Provincial de Valencia». Y al que no le guste, que le de un calambre.

Sólo la más necia maledicencia puede pensar que la Diputación de Valencia tiene problemas más serios que atender, como la construcción para la próxima cremá de un ninot asqueroso que represente a la injerencia extranjera, o la adquisición de nuevos tapices-colgadura con florones. Porque si Ford va a Valencia, y no tiene tren, y quiere tren, hay que ponérselo.

El Presidente de Ford España, señor Boada, fue presidente del INI, lo cual quiere decir que es un hombre instruido. Y si él ha pedido un tren para el señor Ford, sus razones tendrá.

Es más: Iberia debe inaugurar una línea regular entre la casa de señor Ford y algún restaurante de marisco que sea bueno y pille a pie de fábrica.

Qué alegría, qué alegría, ver crecer la economía. ■ RECOLLETOS.

LECCION DE ZOOLOGIA

CUANDO no puede hablarse de nada, uno vuelve a hablar de los animales. Nada tan reconstituyente como una visita a nuestros parientes pobres y felices, cuya envidiable existencia no tiene más que una sombría amenaza: nosotros. Además de reconstituyentes, los bichos son también muy educativos. Desde tiempos inmemoriales se les utiliza como metáforas con patas y rabo, transformando sus humildes vidas sin designio en petulante ilustración de las virtudes que nos faltan o de los vicios que nos sobran. Y así, todos los niños tienen que cogerle manía a la asquerosa de la hormiguita ahorrativa y, de paso, enterarse de que la acumulación de bienes es insolidaria, lo que como ejemplo de virtud es un desastre, pero como primera lección política no tiene desperdicio. Y el zorro astuto, y el cuervo vanidoso, y el león noble, y el burro burro, y el águila altanera, y qué se yo cuántas chorradas más con las que se abruma a las pobres bestezuelas (¿ven? ahora yo les llamo «pobres»...) que no tienen culpa de que los hombres seamos paranoicos peligrosos y de que nos guste proyectar sobre todo lo viviente el estruendo y furor del cuento idiota que protagonizamos. Pero de algo hay que escribir y cuando las cosas se ponen del color que los mexicanos, con perdón, llaman «de las hormigas», es hora de echar mano de la zoología para adobar cualquier fabulilla que se le ocurra a uno. De modo que dicho y hecho.

En Noruega, allá en el lejano y corrompido Norte de Europa, hay unos pequeños roedores que se llaman «lemmings». Y, fíjense por dónde, a los lemmings les da periódicamente una ventolera la mar de rara. Se reúnen en una asociación enorme, de mucho más de veinticinco mil miembros, y ni cortos ni perezosos se arrojan todos al primer fiordo que les viene a mano, lo que no deja de tener su mérito si se considera la temperatura de aquellas aguas desventuradas que no conocen la caricia del incomparable sol de España. Y se ponen a nadar, nada que te nada.

Y nada que te nadaré, llegan al Atlántico, que así a ojo no se muy bien a que distancia está, pero que debe caer lejísimos. Una vez llegados a cierto punto, se ponen a nadar en círculo cual indios al asedio de una caravana. Y pasado un tiempo prudencial en este menester, se aburren y se ahogan. Pues mira qué bien, dirán ustedes, que me deben estar prestando tanto crédito como al telediario. Pero ahora llega lo bueno. Cierzo investigador, llamado Lewis Spence, para lo que gustan mandar, ha descubierto qué es lo que buscan los lemmings en pleno Atlántico; según él, los animalitos de Dios tienen como objetivo la Atlántida. Ni más ni menos. Hace muchísimos siglos los lemmings emigraban periódicamente de Noruega a la Atlántida misteriosa; cierto pauroso cataclismo hizo desaparecer el continente atlante, pero los lemmings no se han enterado todavía y siguen marchando los cuitados cuando les llega la hora a su hogar hundido, con el catastrófico resultado que ya sabemos.

No sé qué pensarán ustedes, pero la pregunta que a mi parece fundamental es ésta: ¿hubo Atlántida o no hubo Atlántida? Porque si la hubo, los lemmings no van tan descaminados y lo que un terremoto hundió, otro puede devolver a la superficie; a los roedores pueden acabar convenciéndose de que su antigua estación se ha ido al carajo y quizá se decidan a tomar tierra en Galicia o en Dover, por ejemplo. Pero ¡ay si nunca hubo Atlántida, si es un sueño del que no sabrían prescindir o una patraña que periódicamente les cuentan con quién sabe qué propósitos! Entonces no habrá salvación para los lemmings y seguirán pereciendo por siempre jamás en el frío e inhóspito océano, soñando con mármoles que nunca existieron y con una comunidad imposible.

¿Moraleja? ¿Y quién les ha dicho que hay que sacar moraleja de una simple lección de zoología? ■

SAVATER

